

como queriendo darse cuenta de este pueblo nuevo que brotaba así junto á la casa que él mismo había creado en otro tiempo.

Hubo un incidente que impresionó á Lucas. Otro viejo, también enfermo y que arrastraba las piernas hinchadas, venía por la carretera al encuentro del cochecillo. Era el tío Lunot, grueso, de carnes fofas y pálidas que seguía con los Bonnaire y que los días de sol daba cortos paseos por delante de la fábrica. Al principio, debilitada la vista, no debió de reconocer al señor Jerónimo. Luego, sobresaltado, se apartó, se arrimó á la pared como si el camino no fuera bastante ancho para dos; y alzando su sombrero de paja se inclinó saludando profundamente. Era el homenaje que prestaba al antiguo Qurignon, al patrono fundador, el primero de los Ragú, asalariado y padre de asalariados. Trás él, años y siglos de trabajo, de sufrimiento, de miseria, se inclinaban en este saludo tembloroso. Al pasar el amo, aún herido por el rayo, el viejo esclavo que tenía en la sangre la cobardía de las servidumbres seculares se turbaba y se inclinaba. El señor Jerónimo no le vió siquiera. Pasó con su aspecto de ídolo pasmado, continuando el exámen de los talleres nuevos de la Crécherie, tal vez sin verlos.

Lucas se había extremecido. ¡Había que destruir aquel pasado! ¡Había que arrancar del hombre viejo aquella cizaña molesta y venenosa! Miró á su pueblo que apenas salía de la tierra, comprendió con qué trabajo, en medio de qué obstáculos crecería y prosperaría. Sólo el amor y la mujer y el niño acabarían por vencer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO  
II

En los cuatro años que la Crécherie llevaba de vida, un odio sordo subía de Beauclair contra Lucas. Primero había sido un asombro hostil, bromas maliciosas; pero en cuanto se había lastimado los intereses había aparecido la cólera, la necesidad de defenderse con furia, con toda clase de armas, luchando contra el enemigo público.

La primera alarma se produjo sobre todo en los comerciantes al por menor. Los almacenes cooperativos de la Crécherie, objeto de burlas cuando se abrieron, prosperaban. Poco á poco adquirirían parroquianos, no solo entre los obreros de la fábrica, sino entre todos los vecinos que se asociaban. No hay que decir si los antiguos proveedores se asustaban ante esta terrible competencia con aquellas nuevas tarifas que bajaban el precio de los artículos en una tercera parte. Era la lucha imposible, la ruina á corto plazo, si aquel Lucas de maldición llegaba á vencer con su desastrosa idea de querer que la riqueza estuviese mejor repartida y que, para comenzar, los humildes de este mundo pudiesen vivir mejor. Los carniceros, los especieros, los panaderos, los taberneros, iban á verse obligados á cerrar las tiendas ya que se podía pasar muy bien sin su mediación, evitando dejarles entre las manos un dinero inútil. Abominación, gritaban, la sociedad crujía y se desmoronaría el día en que ellos no pudieran agravar con sus ganancias de parásitos la miseria de los pobres.

Los Laboque, quincalleros, antiguos buhoneros de feria que habían llegado á tener una especie de gran bazar en la esquina de la calle de Brias y de la Plaza de la Alcal-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

día, fueron los más impresionados. El precio de los hierros de comercio, había bajado mucho en la región desde que la Créchérie los fabricaba en considerables cantidades; y era lo peor que dado el movimiento de asociación que se apoderaba de las pequeñas fábricas vecinas, parecía que llegaba el momento en que los consumidores, sin recurrir á los Laboques iban á procurarse directamente en los almacenes cooperativos los clavos de los Chodorge, las guadañas y podaderas de los Hausser, las máquinas y útiles agrícolas de los Miranda. Ya, sin contar los hierros, los almacenes de la Créchérie suministraban varios de estos artículos, y el número de negocios del bazar bajaba cada día. De modo que los Laboque vivían en perpétua cólera, exasperados con lo que llamaban el envilecimiento de los precios, considerándose como robados desde el punto en que se impedía á su rueda inútil tragarse energía y riqueza sin provecho más que para ellos. Se habían hecho naturalmente centro activo de hostilidad y de oposición, el foco donde se encendían poco á poco todos los odios suscitados por las reformas de Lucas, cuyo nombre solo se pronunciaba con execración. Allí concurrían el carnicero Dacheux, balbuciente de rabia reaccionaria, y el especiero tabernero Caffiaux, más frío, envenenado por el rencor, pero atento á su interés. Hasta la hermosa señora Mitaine, la panadera, venía á veces quejándose de que perdía parroquianos, pero inclinándose á un arreglo.

—Es que usted no sabe,—gritaba Laboque,—que ese señor Lucas, como le llaman, no tiene en el fondo más que una idea, la de destruir el comercio. Sí, y se vanagloria, y á gritos dice esta monstruosidad; que el comercio es un robo y nosotros unos ladrones que debemos desaparecer. Ha fundado la Créchérie para barrernos.

Dacheux con la sangre subida al rostro, oía con ojos pasmados.

—Y, entonces, ¿cómo vamos á hacer para comer, vestir y lo demás?

—Diantre, ¡dice que el consumidor se dirigirá inmediatamente al productor!

—¿Y el dinero?—preguntó el carnicero.

—El dinero, ¡pues lo suprime también; no habrá dinero! Eh ¿qué tal? ¿Habrá necesidad? ¡Cómo si se pudiese vivir sin dinero!

Dacheux se ahogaba de furor.

—¡No más comercio! ¡no más dinero! todo lo destruye; y no hay una cárcel para un bandido semejante que arruinará á Beauclair sino se le va á la mano.

Caffiaux movía gravemente la cabeza.

—Y ha dicho cosas peores... Primero, que todo el mundo debía trabajar; un verdadero presidio donde habrá guardias con palos para que cada cual cumpla con su deber. Dice que no deben existir ni ricos ni pobres; no se será más rico al nacer que al morir; se comerá lo que se gane, lo mismo que el vecino por supuesto, sin que haya derecho de hacer economías.

—Bueno. ¿Y la herencia?—interrumpió de nuevo Dacheux.

—No habrá herencia.

—¡Cómo! ¿Nada de herencia; no dejaré á mi hija mi dinero? ¡Rayos y truenos! Eso es demasiado.

Y el carnicero hizo temblar la mesa de un violento puñetazo.

—Y dijo también,—continuaba Caffiaux,—que no habrá autoridad de ninguna suerte, ni gobierno, ni gendarmes, ni jueces, ni cárceles. Cada cual vivirá como quiera, comerá y dormirá á su gusto. Dice también que las máquinas acabarán por hacer todo el trabajo y que los obreros sólo tendrán el cuidado bien fácil de guiarlas. Será el paraíso por que no se luchará, no habrá ejércitos ni guerras... Y en fin, dice que los hombres y las mujeres, cuando se quieran, se juntarán por el tiempo que les plazca; después se dejarán, quedando tan amigos para juntarse, si quieren, con otros. Y si hay hijos, la comunidad los toma-

rá á su cargo, los educará en montón, á la buena de Dios, sin que necesiten madre ni padre.

Muda hasta allí la señora Mitaine, exclamó:

—¡Oh! Pobres criaturas... Cada madre tendrá el derecho, supongo, de criar á los suyos. Eso es bueno para los niños abandonados por algún mal corazón; esos, es claro, tienen que criarlos manos extrañas, mezclados, como en los asilos de huérfanos... Todo eso que usted nos ha contado me parece á mí poco decente.

—¡Diga usted que es una pura porquería!—clamó Dacheux fuera de sí.—Eso es lo que sucede en medio del arroyo: se coge á una perdida y se toma y se deja cuando se quiere. Magnífico, su sociedad futura es una verdadera casa de mal vivir.

Y Laboque, que no perdía de vista sus intereses amenazados, concluía:

—Está loco ese señor Lucas. No podemos dejarle arruinar y deshonorar así á Beauclair. Va á ver que entenderse para hacer algo.

Pero creció la cólera todavía, y se desencadenó por todas partes, cuando Beauclair supo que la infección de la Crecherie invadía la vecina aldea de Combettes. Estupor, reprobación. Ya se veía, el señor Lucas corrompía, envenenaba á los aldeanos! Lenfant, el alcalde de Combettes, ayudado por el *adjunto*, Yvonnot, después de haber reunido y reconciliado á los cuatrocientos habitantes del concejo, acababa de decidirlos á juntar sus tierras por un acto de asociación, copiado del que regía el capital, el talento y el trabajo en la fábrica nueva. Ya no habría más que un vasto dominio, que permitiría el uso de las máquinas, de los grandes abonos, de los cultivos intensivos, decuplando las cosechas, dando la esperanza de un gran reparto de beneficios. Y ambas asociaciones iban á consolidarse ayudándose; los aldeanos suministrarían el pan á los obreros que les darían los útiles, los objetos manufacturados necesarios para su existencia; de suerte que se acercarian á sí

dos clases enemigas, fusión poco á poco íntima, embrión de un pueblo fraternal. Se acababa el mundo antiguo si el socialismo conquistaba á los aldeanos, los innumerables trabajadores del campo considerados hasta entonces como murallas de la propiedad egoista, matándose con el ingrato sudor sobre sus terrones antes que enajenarlos. Fué un temblor, un escalofrío de todo Beauclair, y anunciaba la próxima catástrofe.

Y otra vez los Laboque se vieron perjudicados en primer lugar. Perdían la parroquia de Combettes; no vieron mas ni á Lenfant ni á los demás venir á comprar azadones, carretas, útiles y utensilios. En la última visita que les hizo Lenfant regateó, no compró nada, les declaró claramente que ganaría un treinta por ciento no volviendo por allí ya que estaban obligados á sacar tanta ganancia en los objetos que ellos mismos se procuraban de las fábricas vecinas. En adelante todos los de Combettes se dirigirían sin mediación á la Crecherie adhiriéndose á los almacenes cooperativos cuya importancia seguía creciendo. Y desde entonces fué aquello el terror para todos los comerciantes al por menor de Beauclair.

—Hay que hacer algo, hay que hacer algo,—repetía Laboque con creciente violencia, cuando Dacheux y Caffiaux venían á verle.—Si esperamos á que ese loco envenene á todo el país con sus doctrinas monstruosas, llegaremos demasiado tarde.

—¿Qué hacer?—preguntaba prudentemente Caffiaux. Dacheux estaba por las francas matanzas.

—Se le podía esperar en una esquina una noche y largarle uno de esos voleos que dan que pensar á un hombre.

Pero Laboque, pequeño y astuto, imaginaba medios más seguros para matar al tal sujeto.

—No, no; todo el pueblo se subleva contra él, y hay que aprovechar una ocasión en que tengamos á todos con nosotros.

Y la ocasión en efecto, se presentó. El Beauclair viejo, hacía siglos, lo atravesaba un arroyo infecto, una especie de cloaca descubierta que se llamaba el Clouque.

No se sabía siquiera de donde venía, parecía salir de unos antiguos escombros de miserables viviendas, á la salida de las gargantas de Brías; y la idea general era que se trataba de uno de esos torrentes de montaña cuyas fuentes permanecen ocultas. Los más ancianos se acordaban de haberle visto correr con grandes llenas en ciertas épocas. Pero hacía muchos años no llevaba más que agua escasa, cuya frescura corrompían las industrias cercanas. En las casas de la orilla, las mujeres habían llegado á convertirle en fregadero y en él arrojaban el agua sucia y toda inmundicia, de modo que arrastraba todos los detritos del barrio pobre y despedía por el verano un hedor espantoso. Hubo un momento, cuando se esparcieron serios temores de epidemia, en que el Ayuntamiento por iniciativa del Alcalde había discutido si convendría tapar el riachuelo haciéndole pasar bajo tierra. Pero el gasto pareció muy grande y no se habló más de ello; el Clouque continuó tranquilamente apestando y contaminando al vecindario. Y hé aquí que, de repente, el Clouque se agota por completo, se seca y ya no es más que un camino duro, peñascoso, sin una gota de agua. Beauclair, como por una vara mágica quedaba libre de aquel foco infeccioso á que se atribuían todas las fiebres malignas del país; y sólo quedaba la curiosidad de saber por donde había podido marchar la corriente.

Primero sólo fué un vago rumor. Después los hechos se precisaron y se tuvo por cierto que era que el señor Lucas había empezado á desviar la corriente el día en que había recogido las fuentes en la falda de los Montes Bleuses para el servicio de la Crecherie; era toda aquella agua clara, corriente que le llevaba la salud, la prosperidad. Pero cuando había acabado por llevarse todo el caudal, había sido cuando se le había ocurrido dar lo que sobraba de

sus depósitos á los aldeanos de Combettes, causando así su fortuna y determinando su feliz asociación, gracias al agua bienhechora que los había reunido corriendo para todos. Pronto abundaron las pruebas; el agua que había desaparecido del Clouque, corría por el Grand-Jean, decuplada, utilizada por la inteligencia, convertida en riqueza en lugar de ser suciedad y muerte. Volvió la ira, volvió la cólera, mayores cada vez contra á aquel Lucas que con tal frescura disponía de lo que no era suyo. ¿Por qué había robado la corriente? ¿Por qué se la guardaba para darla á sus hechuras? No se cogía así el agua de un pueblo, un arroyo que siempre había corrido por allí, que estaba uno acostumbrado á ver, y que al fin y al cabo prestaba grandes servicios. El sutil hilo de agua sucia que arrastraba detritos inmundos y apeataba el aire y mataba la gente se había olvidado. Ya no se hablaba de enterrarlo, cada cual decía el gran beneficio que sacaba de él para el riego, para lavar la ropa y para las necesidades diarias de la vida. Tamaño robo no se podía tolerar, era necesario que la Crecherie devolviese el Clouque, la infecta letrina que envenenaba el pueblo.

Laboque fué, naturalmente, quien gritó más fuerte. Hizo una visita oficial á Gourier, el Alcalde, para saber que resolución pensaba proponer al Ayuntamiento en circunstancias tan graves. El, Laboque, se consideraba particularmente perjudicado, porque el Clouque pasaba por detrás de su casa, por el extremo de su jardín, y afirmaba que sacaba de él gran provecho. Claro que si se hubiera puesto á recoger firmas protestando hubiera reunido las de todos los vecinos de su barrio. Pero su idea era que el pueblo debía hacer suyo el asunto, intentar un pleito contra la Crecherie pidiendo la restitución del agua y los daños y perjuicios. Gourier escuchó y se contentó con aprobar moviendo la cabeza, á pesar del odio medroso que personalmente le inspiraba Lucas. Luego pidió algunos días para pensarlo, queriendo examinar el caso y consultar

á los que le rodeaban. Comprendía que Laboque quería meter al pueblo en la danza para no dar la cara él. El Subprefecto, Chatelard, con el cual se encerró durante dos horas, le convenció, aterrado siempre ante las complicaciones, de lo prudente que era en cualquier caso dejar á los demás meterse en pleitos. Gourrier llamó al quincallero solo para explicarle muy por largo que un litigio en que fuera el pueblo parte iría muy despacio, no llegaría á nada serio, mientras que si la cosa la intentaba un particular, las consecuencias serían mucho peores para la Crecherie, sobre todo si después de condenada ésta, otros particulares volvían á empezar, indefinidamente. Algunos días después, Laboque pedía judicialmente veinticinco mil francos de daños y perjuicios.

Y como si se tratara de una fiesta, hubo en su casa una reunión con el pretexto de una merienda ofrecida por su hija y su hijo, Eulalia y Augusto, á sus camaradas Honorina Caffiaux, Evaristo Mitaine y Juliana Dacheux. Toda esta gente menuda crecía, Augusto tenía diez y seis años y Eulalia nueve; los catorce de Evaristo le habían dado seriedad, y los diez y nueve de Honorina, ya casadera, la hacían tratar maternalmente á Juliana, la más niña, de ocho años. Todos ellos se fueron al jardín, pequeño, y jugaron y rieron como locos con la conciencia clara y alegre, ignorando los odios y la cólera de sus padres.

—Por fin está cogido,—gritó Laboque.—El Señor Gourrier me ha dicho que si llegamos hasta el fin arruinaremos la fábrica. Supongamos que el tribunal no me concede más que diez mil francos; pero vosotros sois ciento, todos podéis hacer lo mismo que yo, y el tal Lucas tiene que aflojar un millonaje. Y no es eso todo. Tendrá que devolver el agua y destruir los trabajos hechos y esto le privará de toda esa frescura de que está tan ufano... El gran negocio, amigos míos.

Todos con voces de triunfo se excitaban ante la idea de arruinar á la fábrica, sobre todo de humillar á Lucas co-

mo el insensato que quería destruir el comercio, la herencia, el dinero, los fundamentos mal venerables de las sociedades humanas. Solo Caffiaux reflexionaba.

—Yo hubiera preferido,—dijo al fin,—que el pueblo hiciera suyo el pleito. Cuando hay que batirse, estos burgueses siempre echan á los demás por delante. ¿Dónde están esos ciento que se atreven á demandar á la Crecherie?

Dacheux, furioso, gritó:

—¡Ah! ¡Yo me hubiera atrevido, yo, de buena gana, si mi casa no estuviera al otro lado de la calle. Y todavía hemos de vernos, porque el Clouque pasa por el extremo del patio de mi suegra. Quiero entrar en el ajo, ¡rayos y truenos!

—Pero,—añadió Laboque,—por lo pronto tenemos á la señora Mitaine que está en las mismas condiciones que yo y cuya casa sufre perjuicio como la mía desde que se agotó el arroyo... ¿usted se quejará? ¿no es así, señora Mitaine?

La habían invitado á venir con la oculta intención de obligarla á comprometerse formalmente, pues sabían que ante todo deseaba la paz suya y la ajena como mujer excelente. Ella, comenzó por reirse.

—¡Bah! El daño hecho á mi casa por la desaparición del Clouque! No, no, vecino; la verdad es que yo había dado orden de que nunca se empleara ni una gota de aquella agua corrompida, por temor de que enfermaran mis parroquianos... Era tan sucia y olía tan mal que sería preciso, absolutamente, el día que nos devolviesen el arroyo, gastar el dinero necesario para librarnos de él, haciéndole pasar bajo tierra como ya se pensó la otra vez.

Laboque fingió que no oía.

—Pero en fin señora, usted está con nosotros, sus intereses son los nuestros y si yo gano mi pleito, usted segui-

rá á todos los propietarios y viviremos asegurados por la cosa juzgada.

—Veremos, veremos,—respondió la hermosa panadera, ya seria.—Sí quiero estar con la justicia, si es justo.

Laboque tuvo que contentarse con esta promesa condicional. La exaltación de la ira le sacaba de quicio, ya creía conseguida la victoria, aplastadas aquellas locuras socialistas, cuyo ensayo en cuatro años había hecho descender en una mitad el despacho de su comercio. Dando puñetazos sobre la mesa con Dacheux, vengaba á toda la sociedad; en tanto que el prudente Caffiaux, de complicada diplomacia, esperaba el triunfo del Beauclair viejo ó de la Crecherie antes de comprometerse mucho. Y allá en su mesa en que se servían almibares y pasteles, los niños sin oír nada de la próxima batalla, fraternizaban como una alegre bandada de pájaros libres en el ancho cielo, en el libre porvenir.

Todo Beauclair se conmovió cuando se supo que Laboque había acudido á la justicia, reclamando veinticinco mil francos; lo cual era el ultimatum, la declaración de guerra. Ya había un banderín de enganche, las hostilidades esparcidas se reconcentraron, se agruparon en un ejército activo que se declaró netamente contra Lucas y su empresa, la fábrica diabólica en que se preparaba la ruina de la sociedad antigua y respetable. Eran la autoridad, la propiedad, la religión, la familia lo que se trataba de defender. Beauclair entero acababa por ser de la partida; los almacenistas perjudicados sublevaban á sus parroquianos, seguían la burguesía por el terror de las nuevas ideas. No había modesto hacendado que no se creyera amenazado de un cataclismo espantoso que destruiría su limitada existencia de egoísta. Las mujeres se indignaban, se sublevaban desde que el triunfo de la Crecherie se les presentaba como el de un inmenso lupanar donde todas ellas estarían á merced del primer transeunte que quisiera llevárselas. En tanto los obreros, los pobres hambrientos, se

alarmaban y empezaban á maldecir al hombre cuyo anhelo ardiente era salvarlos. Le acusaban de agravar su miseria haciendo más inexorables á los patronos y á los ricos. Pero lo que sobre todo envenenaba y enloquecía á Beauclair, era la campaña violenta que el periódico local publicado por el impresor Lableu hacía contra Lucas. Con tal ocasión el periódico se había hecho bisemanal, y se sospechaba que el capitán Jollivet era el autor de los artículos cuya virulencia tanto impresionaba. El ataque, por lo demás, se reducía á un bombardeo de errores y mentiras, todo el lodo de necedad que se arroja al socialismo poniendo en caricatura sus intenciones y manchando sus ideas. Pero el buen éxito de semejante táctica sobre cerebros débiles é ignorantes era seguro, y fué maravilloso el ver como la exaltación fué ganando terreno en medio de intrigas complicadas, teniendo contra el perturbador público á todas las clases enemigas, furiosas al notar que se las molestaba en su cloaca secular, bajo el vano pretexto de conducirlos reconciliados á la ciudad sana, á la ciudad justa y dichosa del porvenir.

Dos días antes de que se viera ante el tribunal civil de Beauclair el litigio promovido por Laboque contra Lucas, hubo en el Abismo, en casa de los Delaveau, un gran almuerzo cuyo objeto secreto era verse y entenderse antes de la batalla. Estaban invitados, naturalmente, los Boisgellin, Gourier el alcalde, el sub-prefecto Chatelard, el juez Gaume con su yerno el capitán Jollivet y en fin Marle el cura. También estaban las señoras para que la reunión conservara en apariencia aspecto de amable intimidad.

Chatelard, según costumbre, pasó por casa del alcalde á las once y media para llevárselos á él y á su mujer, Leonor, siempre hermosa. Desde que la Crecherie iba bien, Gourier pasaba malos ratos de inquietud y de duda. Primero, había conocido entre los centenares de obreros que empleaba en su gran zapatería de la calle de Brias, una especie de vacilación, la nueva conmoción que pasaba, la

amenaza de asociarse. Después se había dicho sino sería mejor ceder, ayudar él mismo á tal asociación que le arruinaría sino entraba en ella. Pero este era un combate interior que ocultaba, pues tenía una llaga viva, el rencor que le hacía enemigo personal de Lucas desde que su hijo Aquiles, el buen mozo independiente, había roto con él para ocupar un empleo en la Crecherie, donde estaba más cerca de Azulina, su novia de las claras noches. Había prohibido el alcalde que se pronunciara en su presencia el nombre del ingrato, desertor de la burguesía unido al enemigo de toda seguridad social. Y sin querer confesarlo, la misma marcha de su hijo agravaba su incertidumbre con el sordo temor de verse acaso un día obligado á seguirle.

En cuanto vió entrar á Chatelard, le dijo:

—Pleito tenemos. Laboque ha vuelto por unos certificados. Su idea sigue siendo la de que todo el pueblo se mezcle en el asunto y hay que ayudarle, después de haberle empujado como hemos hecho.

El Sub-prefecto no hizo más que sonreír.

—No, no, amigo mío, oígame usted, no comprometa al pueblo... Ha sido usted bastante sagaz para atender á mis razones, no mostrándose parte y dejando aventurarse á ese terrible Laboque que tiene sed de venganza y de sangre. Se lo ruego, siga usted así, como simple espectador, siempre habrá tiempo para aprovecharse de su victoria, si vence... ¡ay amigo mío, si supiera usted lo bueno que es siempre no mezclarse en nada!

Y con un ademán completó su pensamiento, dijo toda la paz que gozaba en su sub-prefectura desde que se había hecho olvidar. Las cosas iban de mal en peor en París, la autoridad central se hundía un poco cada día, se acercaba el tiempo en que la sociedad burguesa tendría que hacerse polvo por sí misma ó dejarse llevar por una revolución; y él, como buen filósofo escéptico no pedía más que durar hasta entonces, feliz sencillamente, sin demasiados disgustos, en el tibio nido que se había escogido. Así, toda

su política no consistía más que en dejar correr los hechos ocupándose en ellos lo menos posible, convencido también de que el gobierno en medio de las dificultades en que agonizaba le agradecía infinito que abandonara la bestia á una dulce muerte sin zarandearla más. Era magnífico un sub-prefecto de quien no se oía hablar jamás, cuyo inteligente esfuerzo había suprimido en Beauclair toda preocupación gubernamental. Y había logrado su intento, nadie se acordaba de él más que para colmarle de elogios, mientras acababa apaciblemente de enterrar á la sociedad moribunda, viviendo él su último otoño en el regazo de Leonor hermosa.

—Ya lo sabe usted, amigo mío, no se comprometa usted, pues en un tiempo como el nuestro no se puede saber lo que sucederá mañana. Hay que esperarlo todo, y lo mejor es no hacerse incompatible con nada. Deje usted á los demás ir delante y correr el riesgo de romperse los huesos, y después ya verá lo que ha de hacer.

Peró entraba Leonor vestida de seda clara, como rejuvenecida después de haber pasado de los cuarenta, de una belleza rubia majestuosa, con ojos cándidos de devota en aquel hogar de tres aceptado por lo demás, por el pueblo entero. Chatelard le cogió la mano, la besó, galante como el primer día, instalado allí para acabar así la existencia, mientras el marido con aire de verse libre de deberes demasiado pesados, envolvía á los dos en una mirada afectuosa, como hombre que en otra parte tenía compensaciones y cuya dicha estaba ya para siempre bien ordenada.

—¿Ya estás lista? Entónces nos vamos, no es eso Chatelard?... y no tenga usted miedo, soy prudente, no tengo ganas de meterme en algún lio que pudiera costarme la tranquilidad. Pero ya lo sabe usted, ahora en casa de los Delaveau hay que decir lo que digan los demás.

A la misma hora, el Presidente Gaume esperaba en casa á su hija Lucila y á su yerno el capitán Jollivet con los cuales había de ir al almuerzo de los Delaveau. El Presi-

dente había envejecido mucho en los cuatro años; parecía más severo y más triste, maniaco del derecho, se pasaba horas y horas fundando las sentencias con creciente minuciosidad. Se decía que se le había oído sollozar, ciertas noches, como si todo se hundiese á sus pies, hasta aquella justicia humana á la cual se agarraba desesperado para no verse tragado con este último resto. En el doloroso recuerdo del drama íntimo que le abrumaba, la traición y la muerte violenta de su mujer, debía de sufrir, sobre todo, viendo este drama renacer en su hija adorada, aquella Lucila de rostro virginal, de tan extraño parecido con su madre, que engañaba á su marido, como aquella le había engañado á él. No hacía seis meses que era mujer del capitán Jollivet cuando ya traidora se entregaba al pasante de un abogado, un galopin medrado, rubio, más joven que ella, de ojos azules de muchacha. El Presidente, que sorprendió la intriga, padeció atrocemente como si volviera á empezar la traición, por cuya herida su corazón seguía sangrando. No se atrevió á buscar una explicación dolorosa; hubiera creído revivir el terrible día en que su mujer se había matado delante de él, confesando su culpa. ¡Abominable mundo en que todo lo que había amado le había hecho traición! ¡Cómo creer en una justicia cuando las más hermosas y las mejores hacían sufrir tanto!

Pensativo y moroso, el presidente Gaume estaba sentado en su gabinete acabando de leer el diario de «Beauclair» cuando se presentaron el capitán y Lucila. El artículo de violento ataque contra la Crecherie que había leído le parecía necio, desmañado y grosero. Y lo dijo tranquilamente.

—Supongo que no es usted, amigo Jollivet, quien escribe semejantes artículos, aunque eso se murmura. De nada sirve injuriar á los adversarios.

El Capitán mostró cierta modestia.

—¡Oh! escribir, ya sabe usted que yo no escribo; nunca ha sido eso de mi gusto. Pero es verdad, yo doy las ideas

á Lebleu; ya usted sabe, un pedazo de papel, notas con las cuales él hace redactar eso después á no se quien.

Y como el Presidente continuaba haciendo un gesto de desaprobación, continuó:

—¿Qué quiere usted? Se bate uno con las armas que tiene. Si estas malditas fiebres del Sudan no me hubiesen obligado á presentar la dimisión, á sablazos sería como yo caería sobre esos ideólogos que están á punto de derribarnos con sus utopías criminales... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué consuelo sería pinchar á una docena!

Lucila, pequeña y bonita, que se callaba, sonreía de modo enigmático; y echó sobre su marido, aquel hombrazo de triunfantes mostachos, una mirada de tan clara ironía, que el magistrado leyó en ella sin trabajo el desdén burlón que la joven consagraba al espadachin, con el cual jugaban sus delicadas manos de rosa como una gata con un ratón.

—¡Ah, Carlos!—murmuró,—¡no seas malo, no digas cosas que me dan miedo!

Pero se encontró con los ojos de su padre, temió que la adivinara y añadió con aire de cándida virgen:

—¿No es verdad querido papá que Carlos hace mal en pudrirse así la sangre? Debíamos vivir tranquilos, en nuestro rincón, y acaso Dios nos bendijera mandándonos por fin un niño hermoso.

Comprendió Gaume que seguía burlándose, mientras evocaba la imagen del amante, el rubio pasante de abogado, de ojos azules de muchacha, del cual había hecho su muñeca viciosa.

—Todo eso es bien triste y bien cruel,—concluyó el Presidente, sin precisar—¿qué resolver, qué hacer, cuando todos se engañan y se devoran?

Se levantó con trabajo y cogió el sombrero y los guantes para ir á casa de los Delaveau. En la calle, Lucila, á quien adoraba, á pesar de tantos disgustos, se le colgó del brazo y hubo un momento de delicioso olvido como si fueran dos novios reconciliados.



En el Abismo, á medio día, Delaveau se reunió con Fernanda en el gabinete que daba al comedor, en el piso bajo del antiguo pabellón de los Qurignon, donde ahora vivía el director de la fábrica. Era mansión bastante reducida; abajo no había más que otra habitación, despacho de Delaveau, que comunicaba por una galería de madera con las próximas oficinas del establecimiento. Arriba, en el primer piso y en el segundo, estaban los dormitorios. Desde que una mujer joven, loca por el lujo, había entrado allí, las antiguas paredes negras estaban cubiertas con tapices y colgaduras que eran algo de los esplendores y goces soñados.

Boisgelin fué el primero que se presentó, solo.

—¡Cómo!—exclamó Fernanda con expresión dolorida.—¿No viene Susana?

—Le ruega á usted que la dispense,—respondió correctamente Boisgelin.—Desde por la mañana tiene tal jaqueca que no ha podido salir de su cuarto.

Siempre que había que venir al Abismo, sucedía igual; Susana encontraba un pretexto para evitar este aumento de dolor; y sólo Delaveau, ciego, no comprendía nada.

Boisgelin cambió en seguida de conversación.

—¿Conque estamos en vísperas del famoso pleito? ¿No es eso? es cosa hecha; la Crecherie está condenada de antemano.

Delaveau alzó los robustos hombros.

—Que la condenen ó no, ¿qué nos importa? Sin duda nos hace daño envileciendo el precio de los hierros; pero no estamos en competencia de fabricación y la cosa todavía no es grave.

Temblando, de una maravillosa belleza aquel día, Fernanda le miró con ojos de fuego.

—¡Oh! Tú no sabes aborrecer... ese hombre se te ha atravesado en todos tus proyectos, ha fundado á la puerta de tu fábrica otra, rival, cuyo buen éxito sería la ruina de la tuya... Es siempre el obstáculo, la amenaza, y tú ni si-

quiera desees su ruina. ¡Ah, que lo arrojen desnudo al hoyo; me alegraré!

Desde el primer día había comprendido que Lucas iba á ser el enemigo, y no podía hablar sin odio de este hombre que amenazaba sus placeres. Aquel era el gran crimen, el único; exigía ella para su hambre siempre creciente de goces y de lujo, ganancias mayores sin cesar, una fábrica próspera, centenares de obreros trabajando el acero ante la boca abrasada de los hornos. Ella era quien devoraba hombres y dinero; el Abismo con sus martillos pilones, sus máquinas gigantescas, no bastaba para calmar su apetito. ¿Qué se haría su anhelo de gran vida futura de millones amontonados y devorados, si peligraba el Abismo y sucumbía por la competencia? Por esto, no dejaba en paz ni á su marido ni á Boisgelin, empujándoles, inquietándoles, aprovechando todas las ocasiones para demostrar su cólera y sus temores.

Boisgelin, que veía una especie de superioridad en no ocuparse jamás en los asuntos de la fábrica, gastando sin contar las ganancias con la vanagloria del buen mozo querido, elegante caballero, gran cazador, solía temblar sin embargo cuando oía á Fernanda hablar de la ruina posible. Y se volvió á Delaveau, en quien seguía teniendo confianza absoluta.

—Tú estás tranquilo, ¿no es así, primo?... ¿no marcha bien todo?

El ingeniero se encogió de hombros otra vez.

—Te repito que la casa todavía no sufre perjuicios... Todo el pueblo se levanta contra ese hombre; es un loco. Se va á ver su impopularidad; y si en el fondo me alegro del pleito, es porque eso va á acabar de desconceptuarle en la opinión de Beauclair. Antes de tres meses, todos los obreros que nos ha llevado volverán con las manos en cruz á suplicarme que los admita otra vez en el Abismo. ¡Ya veréis, ya veréis! No hay más que la autoridad; la eman-

cipación del trabajo es una tontería; el trabajador no hace nada de provecho en cuanto es dueño de sí mismo.

Tras una pausa, añadió con voz lenta y con la sombra de una preocupación en los ojos:

—Sin embargo, debiéramos ser prudentes; la Crecherie no es una competencia despreciable, y lo que me inquietaría sería no tener en una necesidad repentina los fondos necesarios para la lucha. Vivimos demasiado al día, se hace indispensable crear una seria caja de reserva, dejando en ella, por ejemplo, el tercio de las ganancias anuales.

Fernanda contuvo un gesto de involuntaria protesta. Ese era su temor, que el tren de su amante disminuyese teniendo ella que perder algo de los goces de su orgullo y de las diversiones que de allí sacaba. Tuvo que contentarse con mirar á Boisgelin, que espontáneamente respondió con toda claridad:

—No, no, primo, en este momento no; no puedo dejar nada, tengo gastos muy grandes. Por lo demás, vuelvo á darte las gracias porque haces producir á mi dinero más de lo prometido... Ya veremos más tarde; volveremos á hablar de esto.

Pero Fernanda seguía nerviosa y su cólera sorda cayó sobre Nisa, á quien la doncella acababa de hacer almorzar sola y la traía antes de llevarla á pasar la tarde en casa de una amiguita. Nisa, que iba á cumplir siete años, crecía graciosa, sonrosada y rubia siempre sonriente con sus cabellos locos, que la hacían parecerse á un rizado cordero.

—Vea usted, señor Boisgelin, aquí está una niña desobediente que me va á poner mala... Pregúntela usted lo que hizo el otro día en la merienda que dió á su hijo de usted Pablo y á Luisa Mazelle.

Sin la menor turbación, Nisa continuaba sonriendo alegre, clavando en todos sus lípidos ojos azules.

—¡Oh!—continuó la madre,—no confesará ella su culpa... Pues bueno, á pesar de mi prohibición repetida, cien

veces ha vuelto á abrir la antigua puerta que da á nuestro jardín y ha hecho entrar á toda la pillería indecente de la Crecherie. Entre ellos el tal Nanet, un terrible galopín que se le ha entrado por el alma. Y también eran de la partida su Pablo de usted y Luisa Mazelle, que fraternizaban con toda la patulea de los chicos de Bonnaire, de ese que nos dejó de tan mala manera. ¡Si, Pablo con Antonieta y Luisa con Luciano eran conducidos por la señorita Nisa y su Nanet á la devastación de nuestros arriates!... Y vea usted, ni siquiera se le cae la cara de vergüenza.

—Y hago bien,—respondió sencillamente Nisa con voz clara,—nada hemos roto y nos hemos divertido mucho juntos... ¡Nanet es más gracioso!...

Tal respuesta acabó de incomodar á Fernanda.

—¡Ah! Te parece gracioso... Pues oye, si en la vida te vuelvo á sorprender con él, te dejo sin postres ocho días. No quiero por causa tuya tener alguna cuestión con los de al lado. Irían diciendo por todas partes que atraemos á sus hijos para que se pongan malos... Ya lo oyes, ahora hablo en serio, si vuelves á buscar al tal Nanet, nos veremos.

—Bien, mamá,—dijo Nisa con aire tranquilo y risueño.

Y en cuanto salió con la doncella, después de besar á todos, concluyó la madre:

—Es muy sencillo, voy á tapiar la puerta y estaré segura de que los niños ya no pueden juntarse: No hay cosa peor que estos juegos de chiquillos; cogen la peste juntos.

Ni Delaveau ni Boisgelin habían intervenido, no viendo en todo aquello más que niñerías, aunque partidarios de las medidas severas por razón del orden. Y el porvenir germinaba. Nisa, tenaz, llevaba en su corazoncito la imagen de Nanet, que era tan gracioso y jugaba tan á su gusto.

Llegaron por fin los convidados, los Gourier con Chatelard, luego el Presidente Gaume con el matrimonio Jo-